

montes y laderas de los alrededores de Vitoria muchos pares de perdices, adquiridas de varios puntos lejanos y pagadas de su propio peculio.

SECCION AMENA.

DIÁLOGO AL.... VIENTO.

—Buenos días, D. Jacinto.

—¿Cómo buenos, D. Protasio?
de esos buenos hace mucho
tiempo que no disfrutamos.

—Es verdad, mas le deseo...

—Y agradezco, *eskarrikasko*.

Pero ¿ha visto usted qué frío?

—¡Hombre! verlo no, no tanto,
pero como cada quisque
se me figura que paso.

Y á mi edad, de sabañones
tengo llenas ambas manos
sin que me deje un momento
el consabido catarro.

—Eso es lo de ménos.

—¿Si?

pues con gusto le traspaso.

—Quiero decir....

—Que no dice

lo que quiere decir, vamos.

—¡Siempre de tan buen humor
jugando con el vocablo!

—¿Humor? tampoco me faltan
esos humores reumáticos.

—¡Vaya, vaya D. Jacinto!

—¡Vaya, vaya D. Protasio!

—La cuestion es que este invierno
de invierno pruebas ha dado
y no se puede negar
que ha sido rígido y largo,
y con lo que nos espera
por lo que estamos pasando;
en los años de mi vida
no conozco yo tal año.
Desde Noviembre á la fecha
con granizos y chubascos,
tronadas, copiosas nieves
y vientos huracanados,
mientras que á regañadientes
el sol su faz ha asomado
pero ha sido cuando ha sido
solo por tan breves ratos,
que quiero decirle á usted
que vivimos de milagro.

—Es verdad.

—A pulmonías
constantemente abonados.
Y si Noviembre y Diciembre
marcharon como marcharon,
y Febrero con Enero
mostrarán el mismo rasgo
siguiendo Marzo y Abril
en tercio y quinto empeorando
¿qué podrémos esperar
del florido mes de Mayo?
humedades que penetran
hasta el mismo pericardio:
esto pasa de *la raya*
como diría un indiano.
Ya no rezan primaveras
mas que en esos calendarios
que luego el tiempo se encarga
de traducir en bromazos.
—Pues para bromas, pesadas
ó no darlas.

—Eso es claro.

Mas el campo se retrasa
y abundantes los manzanos
con el peso de la fruta
caerán, porque por algo
se dice que año de nieves...
—De bienes.

—Sí, D. Protasio,
por lo mismo que no hay mal...
—Que por bien no venga, vamos.
Pero no hay duda que al tiempo
se le han revuelto los cascos
ó como se dice ahora...

—D. Jacinto, está chiflado.

—¡Hombre! yo no...

—No, no, el tiempo.

—Pues creí...

—No haga usted caso.

Y probable es que esto sirva
para que nos brinde el campo
pródigo, con toda clase
de verduras y de granos.
—Amen. ¡Ay! en nuestros tiempos
si anunciaba el calendario

primavera, de seguro
que en la primavera entrábamos,
y á la romería alegre
del tan pintoresco barrio
de Loyola, íbamos siempre
con los pantalones blancos.

—¡Ay qué tiempos D. Jacinto!

—¡Ay qué tiempos D. Protasio!

—Pero ya que por lo visto
hoy por hoy todo ha cambiado,
fuerza es que á los pelotaris
imitemos para el caso,
y en cuanto pase el estío
pasemos tambien el charco
sin repulgos ni melindres,
y á Buenos-Aires vayamos
renunciando á nuestras *koškas*
hasta el próximo verano.

—Bien dicho.

—Adios D. Jacinto.

—Con Dios vaya D. Protasio
que con este viento frio
no se puede estar charlando.

MARCELINO SOROA.